



1-116 Ha despertado hondísimas admiraciones. Barney Barnato, el ex-clown y nuevo rey Midas, declaraba haber sufrido la fascinación del héroe, su extraordinario ascendiente sobre los demás, y Olivia Schreiner, Casandra del terrible hado de Rhodes, contaba con tosco humorismo en una de sus proféticas visiones, cómo al morir el héroe y no poder entrarle en el infierno ni por puertas ni por ventanas ¡tanta es su grandeza! exclamó el *Bon Dieu*: «Supongo que al fin y al cabo tendrá que venir Cecilio acá.»

«No conozco hoy—escribe un fel de Cecilio—más que dos hombres que miren constante y firmemente al mundo en conjunto: el uno es el Papa de Roma; el otro Cecilio Rhodes. Al presente tiene Cecilio Rhodes el Sud de África como su obispado, precisamente lo mismo que León XIII es obispo de Roma a la vez que Papa de la Iglesia católica. Mientras Cecilio Rhodes atiende a sus deberes episcopales, no distrae un punto su atención del gran plan en que no juegan más que un papel el Sur de África y sus negocios.»

Primer ministro de la colonia del Cabo y administrador de la Compañía encartada del Sur de África, propúsose Mr. Rhodes, tras el descubrimiento de los ricos yacimientos de oro, formar los Estados Unidos del Sur de África bajo el inmenso pabellón del Imperio británico. No es un mero *englander*, un inglés en sentido extricto, sino el representante de los pueblos todos de lengua inglesa, del *english-speaking folk*; sus concepciones tienen tanto ó más de americanas que de británicas.

«Imperialismo y *home rule*», he aquí su divisa, que para mayor solemnidad reviste esta otra forma lapidaria: *Imperium et libertas*.

Es D. Cecilio Rhodes el héroe en quien ha encarnado lo que suele llamarse orgullo británico, la profunda convicción de la superioridad de su casta y de la misión divina que para salvar al mundo del continentalismo, le ha asignado *God*, el Jehová británico.

Hay en él la idea romana de los destinos eternos del Imperio y el anhelo del hebreo por la tierra de promisión, conjunción de romanismo y hebraísmo. Conquistar el mundo y el cielo con él, he aquí el sueño del inglés que, como decía Max O'Rell se ha adjudicado el cielo como colonia británica.

En torno al Transvaal y á sus cachazudos aldeanos holandeses, se han afrontado el ideal del industrialismo inglés, sirviéndose de las algaras de un condotiero y el ideal del militarismo germánico que lleva sus comisionistas para meter las manufacturas *made in Germany*.

A medida que ha ido ensanchándose la carrera del héroe, como administrador, ha ido éste ensanchando sus puntos de vista, y adquiriendo conciencia de su providencial misión, y en un discurso que pronunció en el Cabo, en 1894, recordando á un anciano que plantaba robles y se recreaba en la imagen de una sombra de que no habría de gozar, imagen más indestructible que el árbol mismo, decía Rhodes que debemos tener la franca idea de que «no pueden conocerse los resultados en nuestra existencia temporal, pero sí podemos trabajar lenta y gradualmente por aquellos resultados que vendrán pasada nuestra temporal existencia».

El cultivo del árbol es un cultivo heroico, decía Washington Irving, expresando una idea profundamente arraigada en el alma del pueblo más obsesionado por el problema de la vida de ultratumba, del pueblo de Bunyan el peregrino.

«El pueblo inglés es un pueblo mudo—decía Carlyle;—puede llevar á cabo grandes hechos, pero no describirlos.» Con Carlyle rechaza el «conócete á ti mismo», y reconociendo en nuestras obras el espejo en que primero ve el espíritu sus naturales lineamientos, se dice: «conoce lo que puedes ejecutar». *Know what thou canst work at*. El inglés, más que el alemán, puede cambiar con Fausto el «en el principio era el verbo» con el «en el principio era la acción». Pero, después de todo, resulta acción el verbo.

1-116 El pueblo inglés es mudo, pero no ha faltado quien formule la que llama religión rhodesiana. ¡Qué es esto!

MIGUEL DE UNAMUNO.

Lia Epoca
nim

Madrid

15 Setiembre
1896

1-117

CRONICAS CONTEMPORANEAS

QUIJOTISMO

Hay en el poema inmenso de Cervantes un pasaje de profundísima hermosura. Cuando, despedido de los duques, se vió Don Quijote «en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías». Elevó entonces un himno á la libertad reputando venturoso á aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo, y se encontró en seguida con una docena de labradores que llevaban unas imágenes de talla para el retablo de su aldea. Pidió cortésmente Don Quijote verlas, y le enseñaron á San Jorge, San Martín, San Diego Matamoros y San Pablo, caballeros andantes del cristianismo los cuatro, que pelearon á lo divino. Y exclamó el hidalgo manchego:

«Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Duicinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándose el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.»

Aquí la temporal locura del caballero D. Quijote se desvanece en la eterna bondad del hidalgo Alonso el Bueno y no hay acaso en toda la tristísima epopeya pasaje de más honda tristeza. El caballero empeñado en la hazañosa empresa de enderezar los tuertos del mundo y corregirlo, confiesa no saber lo que conquista á fuerza de sus trabajos y vuelve su mirada á la salvación de su alma y á la conquista del cielo que padece fuerza.

¿De qué te serviría salvar á todos tus prójimos perdieras tu alma? De ti, no de los otros, has de tener que dar cuenta.

Esas palabras de descorazonamiento del ingenio hidalgo, ese descenso suyo á la cordura de Alonso Bueno, es lo que más pone en claro su íntima afinidad espiritual con los místicos de su propia tierra con aquellas almas llenas de la sed de los secos para meros castellanos y del vibrante calor del limpio cielo que los corona. Son á la vez la queja del alma al encontrarse sola.

¿Por qué afanarse? ¿Para qué todo?... El mundo lo llevamos dentro de nosotros, es nuestra representación; purifiquémonos y lo purificaremos. La mirada limpia, limpia cuanto mira, los oídos castos, castigan cuanto oyen. La mala intención de un acto, está en quien lo comete ó en quien lo juzga? La horrible maldad de un Caín ó un Judas, ¿no será acaso condensación y símbolo de la maldad de los que han nutrido sus leyendas? Tal vez el Demonio carga con las



culpas de los que le temen... Santifiquemos nuestra intención y quedará santificado el mundo, purifiquemos nuestra conciencia y puro saldrá el ambiente. Las ajenas intenciones están fuera de nuestro influjo.

Este es parte del camino de la demoníaca tentación de las horas de desfallecimiento, cuando el maestro de la ciencia del bien y del mal murmura á nuestro oído: ¡O todo ó nada! Y algo así, en vaga nebulosa de larvas de ideas, debió oír D. Quijote cuando confesaba no saber que es lo que conquistaba á fuerza de sus trabajos.

Mas siguiendo su mente la cadena de pensamientos, y al entrar, distraído, en razones y pláticas por una selva, se halló á deshora, y sin pensar en ello, enredado en unas redes de hilo verde. Así, cuando más ensimismado estás en meditar la vanidad de la locura del esfuerzo de tus trabajos, verdes redes te vuelven al fresco sueño de la vida. Vuelto á él, y poco después de haber expuesto su deseo de encaminar sus pasos por mejor camino del que llevaba, ofreció el caballero sustentar durante dos días naturales, y en mitad del camino que iba á Zaragoza, que aquellas señoras zagalas contrahechas que tendieran las verdes redes, eran las más hermosas doncellas y más cortesces del mundo, exceptuando sólo á la sin par Dulcinea del Toboso.

Había vuelto el caballero al sueño de la vida, á a generosa locura, resurgiendo reconfortado de la egoísta cordura de Alonso el Bueno. Y entonces, al retornar á su sublime locura, entonces es cuando volvía á la magnánima pureza de intención con que purificaba el mundo, su mundo; entonces es cuando su limpia mirada limpiaba cuanto veía; entonces cuando su conciencia pura lo purificaba todo; entonces, cuando olvidado de sí mismo, se encontraba en sus propias honduras; entonces, cuando santificando sus actos, se hacía santo.

De aquel breve baño en los abismos de la vanidad, de los trabajos humanos, la energía creadora del caballero recobraba su vigor, como al contacto de la Tierra su madre, Anteo, y se lanzaba á la santa resignación de la acción, que nunca vuelve, como la mujer de Lot, la cara al pasado, sino que siempre se orienta al porvenir, único reino del ideal.

Vuelto á la eterna cordura de Alonso Quijano el Bueno, murió con muerte ejemplar y sublime el generoso caballero, y es de creer que, al morir, descubriera en los hondos senos de su espíritu qué es lo que ha conquistado á fuerza de sus trabajos, y viera en la visión profética del último tránsito conquistada su eternidad con el tesoro de sus sublimes locuras.

Cuando, andante caballero, más vigoroso, imprimió el pueblo castellano su energía en el revuelto combate de los pueblos, fué cuando más hondo penetró su espíritu místico en las raíces de la vida; cuando más se agitó en las olas encrespadas de la historia, más se supo bañar en la solemne quietud de los abismos del Océano de la vida. Envuelto en guerras, gustó, como nunca ha gustado, el recogimiento de la paz inmanente.

¡Grandes enseñanzas para la juventud que oscila hoy entre la quietud y la batalla, ansiando como Lucrecio la *pietas* suprema de poder contemplarlo todo con alma apacible, y á la vez sintiendo con el profeta que hay que hacer que la justicia brote como río de aguas vivas! Devoradora hambre de paz y ardiente sed de batalla, consume el alma de las generaciones nuevas, y mientras los unos se lanzan al combate con generosa quijotería, contemplan los otros mormojeando cantos que no son sino eco y gloria de aquellas palabras del viejo Homero en su Odisea: «Los dioses tra-

man y cumplen la destrucción de los hombres para que tengan argumento de canto los venideros.»
«Como la eternidad del tiempo, el silencio del sonido y el olvido de la memoria es la paz, la sustancia de la guerra. Predicar cordura suele ser predicar muerte, combatir la locura del sueño de la vida es zapar el heroísmo. Penéstrate de que el mundo eres tú, y esfuérzate en salvarlo, para salvarte. El mundo es tu mundo, tu mundo eres tú, pero no el *yo* egoísta, sino el hombre. Dentro del mundo, de mi mundo, que soy yo, yo soy uno de tantos prójimos.

Al morir cuerdo Alonso el Bueno y repasar en su conciencia el generoso rosario de sus proezas de loco, debió de reflejar en ellas la santa intención de su bondad esterna, la santa intención que les dió sustancia y eficacia, porque la intención tiene efecto retroactivo y santifica pasados actos. Abandonándonos á la quijotesca locura podremos, en los momentos de cuerda contemplación, santificar los más ridículos molimientos de huesos, y así un día, mejorada nuestra ventura y adobado nuestro juicio, podremos ver la inmortalidad, que se conquista á fuerza de trabajos. Hay que dejarse guiar de la sin par Dulcinea, que es la estrella que conduce á la eternidad del esfuerzo.

MIGUEL DE UNAMUNO.

La Ilustración del pueblo

(Revista decenal)
num. 1º

10 de enero de 1897

1-118

1-118 ALGUNAS OBSERVACIONES SUELTAS
SOBRE LA ACTUAL CULTURA ESPAÑOLA

Sería cosa de nunca acabar si me pusiese á divagar aquí, en libre cháchara, acerca del estado actual de la cultura é incultura españolas, ó, mejor dicho, de la cultura de nuestra incultura. Como la materia es tan redundante que desborda de todo envase lógico, prefiero dar una ristra de reflexiones sueltas sobre ella, una verdadera sarta sin cuerda.

El hecho es desconsolador; pero cualquiera diría, en vista de lo que por aquí se dice y se hace como que se piensa, que son cosas contrapuestas, y que crecen y decrecen en razón inversa, el escribir en castellano neto y el pensar en europeo contemporáneo. A medida que más se ponen los puntos sobre las *ies*, hilándose más delgado en todo eso de los barbarismos y solecismos y en todo lo que tenga mote en los manuales de gramática y de retórica, con más desprecio, expreso ó tácito, se habla de la vana ciencia moderna, y más necias cuchufletas se oyen á cuenta de los más vigorosos pensadores de nuestro siglo. El tratar á tal de éstos de bicho estrafalarío, y el no perder de vista

SIGUE en (1-118) (2-119)

45-2/60

